

¡Tanta alegría por unos cinco reales!  
Pero nunca los ví tan llenos de satisfacción como en aquel día que llaman en mi pueblo de la *matanza*.

Criaban y engordaban un puerco, que mataban el día de San Andrés.

Aquello era una fiesta de familia á que concurrían todos los parientes.

La víspera venían á mi casa, como en solemne embajada, el marido, la mujer, los hijos, todos vestidos de limpio.

Suplicaban á mis padres que permitieran á mis pequeños hermanos que fueran á pasar el día en su casa, en la *matanza del cochino*.

Yo también fui muchas veces cuando era pequeño.

Les parecía á ellos que alojaban en su casa unos príncipes, y no se cambiaran entonces ni por los reyes de España.

¡Qué familia tan feliz! En ella aprendí yo lo que creo no me habrían dicho jamás los estudios. Que no está la felicidad vinculada á la posición ni á las riquezas, que todos ansiamos y tan pocos alcanzan.

Y no fué esto sólo, que ya era mucho, lo que de Clemente aprendí.

Un domingo estaba yo en casa, cuando llegó él con su mujer.

El día antes había venido yo de vacaciones y deseaba verlo, porque siempre me gustaba hablar un rato con él; sentía satisfacción en estrechar entre las mías sus callosas manos, y me envanecía cuando, tras larga ausencia, me estrechaba entre sus brazos.

Después de saludarme con mucho afecto la dije yo:

—Siéntate aquí conmigo: tomaremos café mientras hablamos.

Pero él me contestó al momento:

—Señorito, pero si yo no estoy malo, gracias á Dios.

Yo me reí de tanta sencillez y le pregunté:

—¿Tú crees que sólo toman café los que están enfermos?

—Yo, al menos,—me replicó,—sólo debo tomarlo en ese caso.

—¡Pobre Clemente!—dije yo,—el café se toma porque es agradable y tomándolo se hace más amena y satisfactoria la conversación entre los amigos; y siempre será un adelanto en la sociedad, que los que, como tú, pasan el día trabajando, tengan esa distracción y recreo por la noche.

( *Se concluirá* ).

---